

LA GUAYABERA ¿QUE ERA?

Por Don Gual.

Inf, julio 4/948.

A MIS PAISANAS LAS CUBANAS

¡ E DUDADO mucho en ofrecer, como tema medular de una de estas crónicas dominicales el de las "guayaberas", como equivocadamente le llaman a esa indumentaria "híbrida" que ha salido de la guayabera andaluza (nada criolla) y la chamarreta que conocí en el campo, usadas por parientes campesinos, de esos que hoy llamamos "gentlemen farmers" para suavizar... el rojo de la "colorada de siembra".

Ya lo habíamos traído a mis columnas diarias en tantas formas distintas, esto es, había atacado la maldita moda, desde todos los ángulos posibles; y me parecía inútil retrotraer el tema, ante los que no quieren oír ni ver...

Pero lo voy a hacer por dos motivos: Primero porque aquella extraordinaria cubana cuyo nombre escribo todavía consternado: Ana María Borrero, quien me pedía pocas semanas antes de su tragedia, que yo no cesara en la lucha contra ese adefesio, ¡los bobitos! como decía ella, con que los habaneros estaban "relajeando" o "choteando" nuestra gran ciudad. Y el segundo motivo: porque otra culta y luchadora mujer: Berta de Martínez Márquez, me remite ahora copia de su artículo, que sobre el cartorial tema publicó en nuestro colega "El Mundo", con el título de "Del Ensemble a la Guayabera".

Comienza Berta Arocena, contando un delicioso sucedido. Se trata de una madre decente, cons-

ciente y de buen gusto que les anuncia a sus tres pimpollos que ella no consentirá que los jovencitos que hayan de visitarla, se aparezcan con el clásico "bobito", chambrita o camisola que tanto criticaba la inolvidable Ana María.

Les hizo ver a sus hijos que esa ligera y descuidada indumentaria estaba bien para la alcoba o para la playa, pero que ella no consentiría que los chiquillos esos se aparecieran con sus camisas o sendas guayaberas siempre acompañadas (esto lo trae lo otro) de pelo despeinado, pantalón con rodilleras, zapatos sin lustrar, pelambre pectoral al descubierto, y calcetines rodados.

Las "niñas" se indignaron y hasta una, la muy atrevida, lanzó un grito de "¡Las cosas de mamá!". Y la otra dijo que, cómo se atrevía a ir en contra de la corriente cuando en los clubs que se llamaban elegantes, las "guayaberas" son aceptadas a cualquiera hora.

Pero Olguita, la "benjamina" de la familia al oír decir que la madre iba a espantar las visitas, dijo con un tono filosófico:

—No lo creo. Si les gustan conversar con nosotros vendrán sin "bobos". Y no me niegues, Ester, que lucen horrosos, fuera de la playa o de los "picnics". ¡Tan bonitas que es la corbata! ¡Y tan interesante el "flus" blanco o azul marino! ¡Apuestas algo conmigo tú, a que no vuelven y yo a que vuelven como mamá quiere?

Apostaron, nos asegura Berta y... ¡ganó Olga! Cada jovencuelo se apareció muy empaquetado

con fresco traje de telas blancas, atractivas corbatas y apuesto (esto lo dice Don Gual) con la melena peinada, las medias levantadas y los zapatos brillantes de betún...

Según termina la gentil escritora, Ester se va a casar con un colono. Martha estudia en el Norte, y Olga ya estrenó el traje largo del "comingout party".

Y la benjamina reúne en la terraza de su casa del Vedado a los muchachos que ya no se atreven a llevar camisolas o ya no les gusta, por estar convencidos de su fealdad.

EL CONTRASTE

Hay que ver las caritas indignas de mártires! que lucen nuestras lindas cubanas que salen al "te" del Country Club, al almuerzo-bailable de H. Y. C., al cine elegante, al restaurante de moda con el "machango" al lado, no sólo luciendo la "chamarra" fuera de la hora y lugar, sino llevándola con el "picúo" acompañamiento de los espejuelos negros de sol, el cuello más desabrochado de la cuenta, con la medallita religiosa (Dios los perdone) colgada sobre el pectoral...

¿Con qué derecho vamos a exigir a ese turista ordinariote, que nos cae a menudo, que viene a pasearnos sus adiposidades, sus "costillas" de su mal administrada helioterapia, y sus grandes sandalias de opereta bufa, que no miren a La Habana nuestra como uno de esos "beach resorts" sin playa, ya que tenemos que

acudir a Marianao, para ver una porción homeopática en la Concha o en el Biltmore?

Hace sólo unos años, almorzando este cronista con varios amigos, en un elegante restaurante, presencié un "incidente patriótico". Eran tres senadores (o cosa parecida) que protestaban ante el "manager" del restaurante, porque unos "yanquis" (a lo mejor eran de Oregón o de Texas), se habían despojado de sus sacos y los habían colgado "sabrosamente" en los respaldos de las sillas. El pobre "manager" sudando más que yo, cuando me examinaba de álgebra, se dirigió a uno de los sobrinos del Tío Sam, y le dijo en inglés de Ollendorf: Please, put on your coat. Those fathers of the patria are incomodated. El trio cedió y sonriendo amigablemente, se enfundaron sus "americanas" de Palmbeach, ya que sus otras americanas no estaban presentes.

Después he visto a esos respetables padres de la patria, entrar en el conocido restaurante y en otros lugares de su categoría, usando la "fresca" indumentaria, que motiva este trabajo.

LA TIPICA INDUMENTARIA

Los lectores comerciales y los redactores de texto de ciertos programas de tiendas me tienen ya cansado con el "disquito" de la típica guayabera. Típico no quiere decir cubano. De manera que yo tampoco ataco la guayabera por ser anticubano. Típico

es el sarape de Toluca, pero es nacional para los mexicanos. Típico es el monóculo para los países europeos, pero no para Cuba. Típica es la guayabera (la verdadera, la de cuello y la de tela cruda), pero por ser típica de Andalucía, pero no típica de Cuba, que es lo que interesa decir a los "patriotereros" que defienden la indumentaria mestiza de andaluz, de cubano y hasta de "floridense".

Hace poco nos visitó el muy castizo Federico Garcia Sanchiz. Una noche, en una tertulia hasta donde estaba el muy cubano Presidente del Casino Español, doctor Calonge de la Buelga, hice al egregio charlista esta pregunta:

—Oye, Federico, ¿de dónde salió la guayabera?

Hombre, che, ¿quién lo duda? Es andaluza, tan andaluza como las uvas de Málaga, el chato de Jerez, la Giralda, Alvaro González Gordon, la Torre del Oro, el "Chico de Carmona" y la Virgen de la Macarena.

Y eso lo dijo un profesional de españolismo, que espero no pongan en duda los "enteraos" del patio.

MEDIDA

El cubano es deliciosamente fresco. Es el "tío" —como decía Caracuel— que nos obliga a los andaluces a tomar asiento de segunda fila. Ofrézcale a un criollo un pase para un viajecito en tercera para ver a un familiar

enfermo y... la compañía de vapores nos manda una cuenta (esto lo experimenté una vez) de un pasaje de primera "de luxe". Ofrézcale un rincón en el balcón de su casa, para que vea pasar la "parada"; y se aparecerá con la esposa, hijos, primos y hasta una vecina gorda. Ofrézcale la mano... ya verá, ¡se queda usted sin brazo!

Cuando yo empecé a ver las primeras chamarretas, me horroricé. Un amigo me dijo que eso no pasaría de tres o cuatro "frescos"... y ya hemos contemplado, al Vicepresidente electo en "Bobito" visitando al Presidente Grau en unión del futuro Presidente... Y, ¡en palacio!



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

3

Recientemente el doctor Baldomero Grau, Presidente del Patronato del Teatro, rogó al público, que asistiera de "etiqueta de verano" (saco y pantalón blanco, corbata y zapatos negros), a la "función de gala" que ofrecía para repartir los "Oscars" del P. del T., y ofrecer la obra premiada del talentoso joven René Buch. Y, ¿qué pasó? Que sólo un veinte por ciento fué a la nocturna fiesta como lo pedía, de manera amable y elegante, Don Baldomero. Vi con esparto, no sólo gente con indumentaria oficinesca (parecían que habían "saltado el turno" del vespertino baño), sino muchos jóvenes en edad de presumir se aparecieron descaradamente de chaqueta, guayabana o lo que quieren llamarle.

¿Por qué no se presentan así en las fiestas de las embajadas y

legaciones extranjeras? Porque saben que no se lo tolerarían. Pero, entre los cubanos, ¿qué importa esa "boberia?"

Hace poco, en un día más caluroso que el más caluroso de Cuba, me topé, en la Quinta Avenida neoyorquina con un criollo, que aquí sale siempre en camisola.

—Oye, viejo —le dije—, ¿cómo no usas tus "bobitos" en New York? El calor de hoy está para hacer "waffles" en la acera...

A lo cual contestó él:

—Que va, chico. Aquí no me atrevo.

Y el patriota siguió hacia el Hotel Plaza, donde tenía una cita con un pollito rubio, aprovechando que la familia la había "fletado" para Lake Placid.

LA GUAYABERA NO ES CUBANA

El autor de estas líneas posee una gran colección (estimada como una de las más completas) de grabados cubanos, litografías de libros, de estampas de propaganda, de cajas de tabacos, de cajetillas de cigarrillos, de cajitas de fósforos de palitos y de cerillas, de revistas (desde 1830), y con ninguna de sus figuras masculinas, aunque el fondo sea de bobos y palmeras aparece la guayabera.

Yo sí recuerdo que al final del siglo pasado mi tío me llevaba a ver los títeres del Parque de Albear, y camino de Obispo, O'Reilly y Bernaza, pasábamos por los cafés del parque: Inglaterra, El Alemán, El Central, el Salón H, Los Voluntarios, el de Payret... y veíamos a los toreros

de guayabera cruda, sombrero cordovés y ceñidos pantalones de negra alpaca.

¡Pero ningún habanero la llevaba todavía en 1896!

Y yo he vivido en el campo, en un lindo ingenio de la provincia matancera, que tenía entonces el mejor jardín botánico de Cuba y no vi "jamás" la guayabera de alforzas y botoncitos.

El mayoral usaba chamarreta con pañuelo azul al cuello, sombrero de jipi y borceguies. El dueño, un venerable y elegante anciano, se vestía de blanco drill y usaba amplio largo levitón. Los trabajadores usaban camisas azules, para el trabajo. En los cañaverales se prescindía a veces de la camisa, o se quedaban en camiseta o en el "pellejo" al sol.

DEDUCCIONES FINALES

Yo me doy cuenta cabal de lo caluroso que es nuestro verano, pero siempre fué igual. No le echen la culpa del calor de hoy; por Dios! a la ingerencia yankee, ni a la cubanidad. Comprendo que es muy agradable bañarse, completamente desnudo en nuestras playas, pero no se hace, porque en algo nos tenemos que diferenciar de los animales. No sólo la risa nos separa de la silueta del chimpancé o de la locuacidad de la cacatúa...

Quizás sería más cómodo tirarse de la cama con la arrugada pijama, y coger el rumbo a la oficina o al club o a la iglesia. Pero no lo hacemos porque tenemos cierto respeto a la sociedad en que vivimos, en los cánones de la vida que hemos aceptado y heredado de nuestros mayores.

Inf, Sil 4/48



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA